

Homilía en la Misa de inicio del ministerio episcopal
Archidiócesis de Tánger
Catedral del Espíritu santo
TANGER -26 de marzo de 2023



Queridos hermanos en el episcopado, Mons. Cristóbal López Romero, cardenal arzobispo de Rabat y Presidente de la Conferencia Episcopal de la Región Norte de África, Mons. Santiago Agrelo, que durante 12 años fue pastor de esta Iglesia de Tánger; Mons. Ilario Antoniazzi, obispo de Túnez; pero también vosotros, Mons. Mario León, Prefecto apostólico del Sahara Occidental, y Fr. Joaquín Zurera, Ministro provincial de la provincia franciscana de la Inmaculada en España, de la que soy y me siento parte integrante; a vosotros y a todos los que participáis en esta Eucarsitía, el Señor os bendiga con la paz y el bien.

“Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora...; porque del Señor viene la misericordia y la redención copiosa”. En esta mañana, cuando celebro por primera vez la Eucaristía como arzobispo de la Iglesia particular de Tánger, deseo comenzar mis palabras con las del salmo que acabamos de proclamar; son palabras que recogen muy bien los sentimientos de confianza en Dios y recogen la actitud de la Iglesia que, casi al final del camino cuaresmal, se prepara para celebrar los acontecimientos de la Pascua de nuestro Señor Jesucristo. Dios, que es rico en misericordia, nos concede además celebrar hoy un acontecimiento particularmente significativo. La sucesión apostólica que hoy se pone de manifiesto en esta archidiócesis de Tánger es un signo evidente del cuidado de Dios y de su preocupación por esta parcela del Pueblo de Dios, a la que no deja de atender con exquisito amor.

El pasado 7 de febrero el santo Padre Francisco puso bajo mi cuidado pastoral esta Iglesia de Dios que peregrina en Tánger. Le agradezco profundamente la confianza depositada en mí y expreso mi firme adhesión a su persona y a su magisterio; del mismo modo que os expreso mi deseo de servir con total entrega; lo hago, es verdad, con temor y temblor, haciendo más unas palabras de san Agustín en

su sermón 340, que he meditado con especial atención en este último mes: *“Desde que se me impuso sobre los hombros esta carga, de tanta responsabilidad, me preocupa la cuestión del honor que ella implica. Lo más temible de este cargo es el peligro de complacernos más en su aspecto honorífico que en la utilidad que reporta a vuestra salvación. Mas, si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de obispo connota una obligación, la de cristiano un don; la primera comporta un peligro, la segunda una salvación”*.

Comienzo mi ministerio episcopal en este quinto Domingo de Cuaresma, cuando la liturgia de la Palabra, en puertas casi de la Semana santa nos habla de resurrección y de vida. En un momento histórico en el que por tantas partes parece imponerse la que el papa san Juan Pablo II denominaba en su carta encíclica *Evangelium vitae* (1995) *“cultura de la muerte”*, Cristo se presenta a sí mismo como *“la resurrección y la vida”* abriendo de par en par las puertas de la esperanza a quienes con Marta, la hermana de Lázaro, afirmamos: *“Yo creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”*.

En la Iglesia que peregrina en Marruecos, presente en esta archidiócesis de Tánger, de la que solemos afirmar que es *“insignificante, pero significativa”*, y en la que atendiendo a datos estadísticos y sociológicos no encontramos muchos motivos para el optimismo, sí tenemos razones muy profundas para la Esperanza; son razones que se alimentan de la experiencia del encuentro con Cristo resucitado y de la acogida de su palabra: *“Yo te digo que si tú crees, veras las gloria de Dios”*. Es esta esperanza activa y operante la que, en esta mañana pido al Señor anime mi ministerio pastoral y todas y cada una de las realidades que constituyen la archidiócesis y a las personas, consagrados y laicos que la formamos.

El papa Francisco, desde el inicio mismo de su pontificado, del que acabamos de celebrar el décimo aniversario, nos invita repetidamente a ser una *“Iglesia en salida”*; para ello, puestos personal y comunitariamente a la escucha orante de la Palabra de Dios, tenemos

que estar dispuestos a salir en primer lugar de nosotros mismos y de nuestros particulares centros de interés para encontrarnos con Jesús y desde ahí encontrarnos con los demás. Estamos ante una doble salida: hacia el encuentro con el Señor y hacia el encuentro los demás para anunciarles a Jesús, con quienes hemos entrado en relación personal.

La esperanza teologal nos llama a no ser pájaros de mal agüero y a no vivir instalados en el lamento por las serias dificultades que tenemos que afrontar; la fe nos impulsa a vivir aquí y ahora con la actitud de santa Teresa de Jesús, quien ante los momentos recios que vivía la Iglesia en su momento histórico decía que *“son menester amigos fuertes de Dios”*, capaces de salir al encuentro de todos, sin discriminaciones negativas, pero privilegiando a los “marginados” a aquellas personas que, por múltiples circunstancias se encuentran en los márgenes de la vía por la que discurren el bienestar, los planes económicos y las decisiones políticas.

Estamos llamados a ser discípulos misioneros; pero esto es posible sólo si llevamos en el corazón y en los labios la Palabra de Dios si caminamos en comunión cordial con la Iglesia. No somos nosotros quienes salvamos el mundo: es el Señor quien lo salva, pero no lo hará sin nosotros. Caminemos juntos como Iglesia diocesana y contad siempre conmigo para adentrarnos cada día en esta misión apasionante.

Con vosotros soy un cristiano, que con la ordenación episcopal he recibido la misión de guiar la peregrinación de esta Iglesia local, fortaleciendo vuestra pertenencia y fidelidad a Cristo, para ser sal y levadura en medio del pueblo marroquí profundamente creyente, que acaba de comenzar su mes sagrado del Ramadán. Mi ministerio pastoral con vosotros y entre vosotros se centra en ayudaros, con la autoridad de Cristo, Buen Pastor, a acoger en vuestras vidas la novedad del Evangelio para que, como nos ha recordado el apóstol san Pablo en la segunda lectura, vayamos construyendo bajo la guía y acción del Espíritu Santo, el Reino de Dios.

Hermanos, Los que hemos sido incorporados a Cristo por el bautismo, estamos llamados a caminar discerniendo la voluntad de

Dios sobre cada uno de nosotros y sobre esta parcela de la Iglesia universal que peregrina en la archidiócesis de Tánger; para ello hemos de descentrarnos de nosotros mismos, hemos de romper, como pide el papa Francisco, con todo atisbo de autorreferencialidad. La Iglesia ha nacido y vive para la misión; continuamente referida a su Señor y a los hombres y mujeres a los que hay que anunciar la Buena Noticia. La Iglesia del tercer Milenio, decía san Juan Pablo II, tiene un nombre: Misión. Y el Papa Francisco, en plena continuidad de magisterio, invita a cada diócesis a la *«conversión misionera»*, es decir, a *«salir de la propia comodidad y a atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio»*.

Muchos miedos nos paralizan en la evangelización y nos llevan a olvidar, con frecuencia, que la fecundidad de la misión está asegurada porque todo hombre y mujer han sido creados por Dios para acoger a Cristo, mediante la predicación del Evangelio. Todo lo que hace la Iglesia: la liturgia, la catequesis, la caridad con los pobres, tiene en esta misión su fuente y su destino. Es una misión que tendremos que llevar a cabo con exquisito respeto a la libertad del hombre, porque, como recuerda la encíclica Redemptoris missio: *«la Iglesia propone, no impone nada: respeta las personas y las culturas, y se detiene ante el sacrario de la conciencia»* (RM 39); pero no puede dejar de ser fiel al mandato de Cristo, que nos pide *“id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”* (Mc 16,15).

Miremos todos a María, mujer plenamente obediente en la fe, que concentra en sí misma las esperanzas de Israel y de todos los pueblos. A Ella, Inmaculada en su Concepción, en su advocación de **Nuestra Señora de Marruecos**, encomiendo esta archidiócesis que camina bajo su materna protección. A ella encomiendo el ministerio episcopal que se me ha confiado, para que nunca me avergüence del Evangelio ni me aparte de Cristo. Orad insistentemente por mí, y sabed que yo os tengo muy presente cada día en la oración y en la celebración de la Eucaristía.